

Locuras en la infancia. Entre libertad y segregación: una apuesta ética

SILVINA ROJAS

“Para mantener en su justeza la vía fecunda del pensamiento freudiano, basta con modificar muy poco una frase de Aristóteles que dice (De anima 408 b.13) “que no hay que hacer la pregunta de cómo el alma del niño tiene piedad, aprende o piensa”, sino formularse ese interrogante respecto del “hombre” con el alma del niño”.¹ (Lacan, Inédito)

Hablar de locuras no es tarea sencilla, más si se trata de niños. Hay una larga tradición de captura de la infancia en los distintos discursos que la vuelven objeto de tratamientos en función de la idea que se hacen del sufrimiento que portan y el lugar que ocupa en el aparato colectivo más allá de los sujetos implicados.

La infancia es una construcción que tiene coordenadas históricas que ubican su aparición como hecho de discurso con sus consecuencias. Ya desde su etimología se devela el lugar que le es asignado, *infans* del latín: el que no habla, no por el sesgo del que no puede hablar sino del que no puede representarse como sujeto de la palabra. Es este lugar de objeto que determina un tratamiento, es decir abre la puerta para que nos encarguemos de los niños en nombre de las mejores intenciones. El niño se despega

¹ Lacan, J. (1949). “Reglamento y doctrina de la comisión de enseñanza” (inédito). En línea en: <<http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2008/10/jacques-lacan-reglamento-y-doctrina-de.html>>.

del hombre y empieza a tener visibilidad asociado a aquello que hay que educar. Desde aquella “tabula rasa” hasta los programas de entrenamientos actuales en comunicación y funcionamiento cognitivo y socio-afectivo el niño es sumido como de lo que hay que ocuparse.

La cuestión es, ¿cómo acercarnos a la locura en los niños para no prolongar ese lugar de objeto de sujeción del Otro? ¿Cómo el discurso psicoanalítico puede agujerarse en tanto discurso para abrir una localización vacía del niño como fin? Para no hacer de él el objeto de sus cuidados alienando lo que hay de sujeto en su existencia.

Lacan desde muy temprano en su enseñanza orientó una posición sostenida en una apuesta ética, la locura como fenómeno no es separable del problema del lenguaje para el hombre, inherente a la experiencia del sentido y del sinsentido del ser en el lenguaje. La apuesta es sostener el lugar del sujeto y su responsabilidad en tanto la locura no es la pérdida de la razón sino el modo singular de enfrentar ese agujero de sin sentido en lo real.

La “estructura fundamental de la locura” como la designa en “Acerca de la causalidad psíquica” (1988: 142-183) revela que “las primeras elecciones identificatorias del niño [...] no determinan otra cosa [...] que esa locura, gracias a la cual el hombre se cree un hombre” (Lacan, 1988: 177).

Este primer movimiento se cruza fuertemente contra la idea organodinamista de Hery Ey. En ese texto, Lacan presenta su posición: la locura es cuestión de estructura y no de organismo. Contrario a la idea de síntesis “de las funciones de relación adjudicada al yo” hay el efecto de alienación a la imagen en la base para el ser humano. Esa estructura fundamental de la locura la encontramos entonces entre la alienación y el narcisismo, “nudo imaginario en el que yacen la relación de la imagen con la pul-

sión de muerte, masoquismo primordial”. Hay una discordancia fundamental desde las primeras elecciones identificatorias que localizan la idea de locura en este nudo estructural de la constitución subjetiva. La idea de resolución de esa discordancia mediante el desconocimiento de la ley del corazón, que Lacan toma de Hegel, o por la ley de infatuación (Hegel también) de identificarse al ideal, una coincidencia ilusoria de la realidad con el ideal en una inmediatez que anula la mediación simbólica hace resonar las distintas formas de locura que el intrincado juego entre lo imaginario y lo simbólico permite. La locura como ilusión de sacarse las cadenas del Otro que hacen del sujeto un sujeto dividido oculta dirá Lacan, que:

... lejos de ser “un insulto” para la libertad (Ey “Las enfermedades (mentales) son insultos y trabas a la libertad”), es su más fiel compañera; sigue como una sombra su movimiento.

Y al ser del hombre no sólo no se lo puede comprender sin la locura, sino que ni aun sería el ser del hombre si no llevara en sí la locura como límite de su libertad. (1988: 166)

La locura es inherente a lo humano en tanto sujeto del lenguaje, el lenguaje enferma por estructura. Sería entonces, al decir de Pascal “una locura de otro estilo no tener la locura de todos” (Lacan, 1990: 30).

Este modo de plantear la articulación que aparece como primeras posiciones de Lacan hacia la locura en el intento de dignificar el término más allá de la enfermedad mental, abren la vía para considerar que lo loco aparece como una respuesta a la división estructural en el íntimo entrelazamiento de los registros. En tanto la libertad está del lado de hacer con esa división en el lugar de

la causa, asumirla o rechazarla evoca “la insondable decisión del ser” y la locura entonces exige el consentimiento de esa libertad (Miller, inédito). En esta orientación el niño es presentado como un sujeto de pleno derecho y responsable del hacer posible en la trama que lo aloja. Definido por su relación al Otro y de acuerdo a las leyes del lenguaje la locura entonces es un asunto de palabras, sin sentidos, intrusas, fuera de discurso y a enlazar en ficciones que permitan una versión lenguajera.

En el año 1967 el lazo de estructura entre locura y división subjetiva es retomado por Lacan introduciendo en él las consecuencias de sus elaboraciones alrededor del objeto *a*. En “Alocución sobre las psicosis del niño” (Lacan 2012: 381-391), transcripción de una presentación en una Jornadas sobre las psicosis en el niño organizado por Maud Manoni, Lacan hace una lectura de la época ubicando un gran cambio de paradigma, se trata de una época planetaria y de imperialismos indicándonos que para situar al niño debemos considerar el goce y su tratamiento no solo a “escala familiar” sino a nivel del discurso. Debemos, dice allí, poder situar el problema y “captar” la referencia desde donde podemos tratarlo, fundamentalmente para no quedar atrapados en cierto “señuelo” que lleva a la segregación.

La segregación como efecto del discurso universalizante de la ciencia vuelve a dejar al sujeto por fuera, esta vez se trata del sujeto del goce que en tanto singular hace objeción al todo. Ese es el horizonte que debe importarnos para continuar por el camino abierto por Lacan de la ética psicoanalítica.

La segregación es una práctica que pone en serie al loco, como el que tiene su objeto en el bolsillo y entonces podrá prescindir del pasaje por el Otro, el niño en su función de residuo, y las mujeres haciendo presente un goce Otro que el fálico. Versiones del objeto en los que se localiza un goce del cual nada quiere saberse. La segre-

gación hacia ese goce que se localiza como éxtimo desconociendo una vez más lo que hay de cada Uno en él. La segregación como práctica es un hecho de civilización, en y más allá del malestar que sostiene la cultura.

Hay allí un llamado a los psicoanalistas de niños, hay una pregunta que debemos sostener ¿hace objeción el psicoanálisis a esta práctica? Pregunta que se acompaña con la interpelación: “cómo nosotros, quiero decir, los psicoanalistas, vamos a responder –a eso–: la segregación puesta a la orden del día por una subversión sin precedentes” (Lacan, 2012: 383).

¿Cómo el psicoanálisis podrá hacer objeción a esta práctica que concierne directamente a los niños, locos o no? La vía del síntoma como invención singular de hacer frente a esa distorsión puede convertirse en el punto de fuga a lo universal. El ser para el sexo (Lacan, 1967) en los términos del Lacan de esos años, la castración, más allá del ser para la muerte “es la presencia del sexo como tal, a entender en el sentido en que el ser hablante lo presenta como femenino”. Lo materno en el centro de los discursos sobre el niño hace lugar a lo femenino que encarna el Otro sexo y que confronta al sujeto y los discursos, el goce Otro.

El sintagma “niño generalizado” que Lacan extrae de las Antimemorias de Malraux, para caracterizar el rechazo al saber del goce que propone el sujeto de la ciencia designa la operatoria para anular los efectos de las marcas significantes que determina el goce sobre el cuerpo. Segregación del acontecimiento singular en beneficio de un goce generalizado, que pueda ser uniformizado, contabilizado, manipulado.

La batalla se dará a nivel del síntoma, una vez más, es por el síntoma como escritura que el sujeto puede hacer función de respuesta a lo real. Lo original de la infancia es, más allá de la edad,

el encuentro con lo real como trauma y su respuesta singular como el modo propio de arreglárselas con eso. La ética que propone el discurso psicoanalítico es sostener la propia regla, la propia norma entendida como síntoma, tal como lo propone Miquel Bassols:

Es por la vía del síntoma y no por colocar el cuerpo en el lugar de la respuesta como el sujeto hace función de respuesta a lo real del goce [...] el *sinthoma* es la locura necesaria de cada sujeto para responder a lo real del mundo, a la imposibilidad de adaptarse a ese real, es la locura necesaria de cada uno para no volverse loco en el campo del goce (2012)

Así, las modalidades de presentación de los niños enmarcados en las locuras son alojadas como modos de funcionamiento allí donde se lee una respuesta posible.

¿Estaremos a la altura de estas presentaciones? Presentaciones que rompen la “norma” del Otro, dejándonos saber estrepitosamente que no consienten al influjo de la palabra. Pero si las tomamos una por una en la vertiente del trabajo del niño, al modo del trabajo del síntoma, encontrando allí un modo de frenar el goce, de poner una distancia vivible con el Otro habrá la oportunidad para alojar y propiciar el advenimiento de un sujeto que ya está entonces “en trabajo”.

Se trata entonces de tomar al niño como un “ser que habla” (Bassols, 2012) incluso en las peores condiciones como la orientación que nos lleva a la construcción de “lenguas personales que puedan incluir algún equívoco” hasta la “construcción y desplazamiento de un borde” para el goce.

Bibliografía

- Bassols, M. “La infancia bajo control”. En *Desescrips*. En línea en: <http://miquelbassols.blogspot.com.ar/2012/05/la-infancia-bajo-control.html>.
- (2012). “Jaques Lacan y el sujeto de la locura”. Consultado el 26 de mayo de 2012. En línea en: http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1983-60072008000200002.
- Lacan, J. (inédito, 1949). “Reglamento y doctrina de la comisión de enseñanza”. En línea en: <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2008/10/jacques-lacan-reglamento-y-doctrina-de.html>.
- Lacan, J. (1988). “Acerca de la causalidad psíquica” (1946) (pp. 142-183). En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1990). *El Seminario, Libro 3: Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012). “Alocución sobre las psicosis del niño” (1967) (pp. 381-391). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (inédito). “Causa y consentimiento”. Clase del 4 de noviembre de 1987.